

EL SILENCIO PROFÉTICO

Después del gran apogeo del siglo VIII vinieron años de silencio profético; en gran parte se explica por el largo reinado de Manasés, hombre despótico, que derramó ríos de sangre inocente, inundando Jerusalén por todos lados (2Re 21, 16).

Es posible que en su tiempo surgieran profetas, pero este rey no les dejaría decir muchas cosas; posiblemente a este período pertenece la profecía de Nahúm; de ser así, sería el único profeta conocido durante el largo reinado de Manasés (698-643), y sus pocas páginas contendrían no sólo la condena de Nínive, capital de los asirios, sino también una crítica velada a la política asirófila de este rey.

Pero es a finales del siglo VII cuando volvemos a encontrar un grupo de grandes figuras: Sofonías, Habacuc y Jeremías.

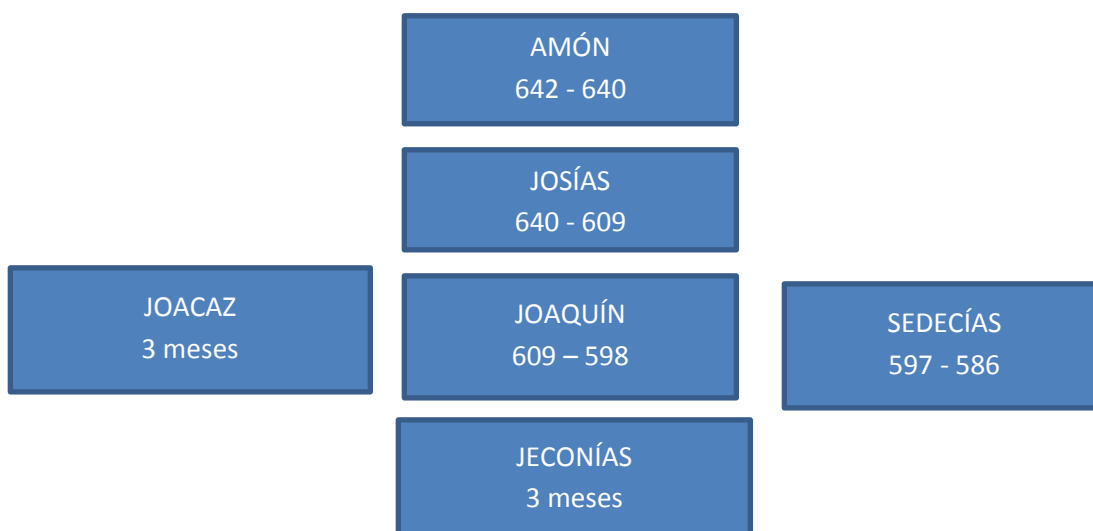
1.- Los últimos cincuenta años del Reino del Sur

Los profetas que vamos a estudiar se mueven en dos períodos muy distintos divididos por el año 609, fecha de la muerte del rey Josías. Los años que preceden a este acontecimiento están marcados por el sello del optimismo:

- La independencia política con respecto a Asiria abre paso a una prosperidad creciente y a la reforma religiosa.

Los años que siguen constituyen un período de rápida decadencia: Judá se verá dominada primero por Egipto, luego por Babilonia. Las tensiones internas y luchas de partidos van acompañadas de injusticias sociales y de nueva corrupción religiosa. El pueblo camina a su fin. El año 586 cae Jerusalén en manos de los babilonios y el reino de Judá desaparece definitivamente de la historia.

Para comprender el mensaje de estos profetas, es preciso conocer más a fondo los dos períodos. Dada la dificultad que supone recordar los diversos reyes de estos años y el parentesco entre ellos, conviene presentarlos en un cuadro esquemático:



Joacaz, Joaquín y Sedecías eran hermanos; Joacaz y Jeconías reinaron sólo tres meses.

Del 642 al 609

La muerte de Manasés (642) abrió un período de crisis en la historia de Judá. Este rey despótico, cruel e impío había gobernado durante cincuenta y cinco años siguiendo una política de complicidad con Asiria. Su sucesor, Amón, fue asesinado dos años más tarde (640). Entonces, un sector de la población muy difícil de identificar salva a la monarquía matando a los conspiradores y nombrando rey a Josías, hijo de Amón, que sólo contaba con ocho años de edad (2Re 21, 23ss).

Durante su reinado cambia por completo la política interior y exterior. A partir de la muerte de Asurbanipal, Asiria se va debilitando a grandes pasos; le resulta imposible mantener el control sobre los inmensos territorios conquistados. Esto permite a Josías consolidar su reinado y promover una serie de reformas.

De acuerdo con los autores bíblicos, donde se produce el cambio más profundo es en el orden religioso. Josías se halla en desacuerdo con la situación que le ha legado su abuelo Manasés. Hacia el 632 comienza una reforma que culminará diez años más tarde con el descubrimiento del Libro de la Ley; en 2Re 23, 4-24 y 2Cr 34 – 35 se cuentan las medidas tomadas por el rey para purificar el culto y restaurar la pascua.

Sin embargo, dicha reforma religiosa estuvo acompañada, incluso precedida y seguida, por una reforma política, que incluyó entre sus puntos principales el deseo de restaurar el antiguo imperio de David, o al menos, los territorios del antiguo Reino del Norte. Es cierto que esto no se dice de manera explícita en ningún sitio, pero en el segundo libro de los Reyes se cuentan las siguientes intervenciones de Josías en la zona:

- *“Derribó también el altar de Betel y el santuario construido por Jeroboam, hijo de Nabat, con el que hizo pecar a Israel. Lo trituró hasta reducirlo a polvo y quemó la estela... Josías hizo desaparecer también todas las ermitas de los altozanos que había en las poblaciones de Samaria, construidas por los reyes de Israel para irritar al Señor; hizo con ellas lo mismo que en Betel. Sobre los altares degolló a los sacerdotes de las ermitas que había allí, y quemó encima huesos humanos”* (2Re 23, 15.19-20).

Estos datos junto con el hecho incuestionable de que Josías se enfrenta al faraón Neco en Meguido, territorio del antiguo Israel, demuestran para algunos de forma indiscutible que este rey llevó a cabo una política expansionista en el norte, aunque no llegase a establecerse allí un sistema administrativo.

Como fruto de la independencia y de la prosperidad creciente se desarrolla también en estos años una intensa actividad literaria; queda redactado gran parte del Deuteronomio, y según una teoría muy aceptada en círculos de estudiosos bíblicos, aparece la primera redacción de la Historia Deuteronomista.

Mientras en Judá las cosas parecen ir mejorando, la situación internacional se va nublando. Hacia el año 626-625 posiblemente tuvo lugar la invasión de los escitas, especialmente en la zona del Antiguo Oriente, y llegaron hasta la frontera con Egipto. Por otra parte, medos y babilonios están decididos a terminar con Asiria; el año 614 conquistan Asur; el 612 cae Nínive y el año 610 cae Jarán y con ello la potencia que había deportado a Israel y que había dominado a Judá durante un siglo, desaparece de la historia.

Sin embargo, Judá no podrá celebrarlo, porque el año 609 muere Josías en la Batalla de Meguidó como se atestigua en 2Re 23, 29ss. Esta derrota supone el fin de un breve período de esplendor y comienza el viaje en declive para Judá y Jerusalén.



Del 609 al 586

Al morir Josías, el pueblo nombra rey a su hijo Joacaz. Su gobierno sólo duró tres meses. El faraón Neco, al volver de su expedición, lo destituye, impone a Judá un tributo de tres mil kilos de plata y y treinta de oro y nombra sucesor a Joaquín (Yoyaquím), hombre despótico e incrédulo, que se ganará la animosidad del pueblo y sobre todo, del profeta Jeremías.

El año 605, en Babilonia, Nabopolasar, bastante enfermo, encarga a su hijo Nabucodonosor de la campaña, y éste conquista a los egipcios la fortaleza de Karkemis. Con ello, el equilibrio entre Egipto y Babilonia se rompe a favor de los babilonios. Ese mismo año sube al trono Nabucodonosor y comienza su política expansionista.

Joaquín, vinculado políticamente al faraón, se niega a aceptar el dominio de los nuevos señores del mundo; no obstante, el 603/602 deberá pagar tributo. Lo hace obligado por las circunstancias y aprovechará la primera ocasión para dejar de pagarlos (año600).

Nabucodonosor, ocupado por otros problemas, no lo ataca de inmediato; pero en diciembre del 598 se pone en marcha contra Jerusalén; ese mismo año muere Joaquín, probablemente asesinado por sus adversarios políticos y sube al trono Jeconías,

Al comienzo de su reinado, los babilonios asedian Jerusalén y tiene lugar la primera deportación. Entre los desterrados se encuentra el mismo rey que Nabucodonosor sustituye en el trono por Matanías, tercer hijo de Josías, cambiándole el nombre por el de Sedecías.

Los primeros años de Sedecías transcurren en calma; sólo el 594/593 hay un intento de rebelión que llega a nada. Pero el 588 niega el tributo. Nabucodonosor le declara la guerra y asedia Jerusalén el 5 de enero del 587. Tras año y medio de resistencia, la capital se rinde el 19 de julio del 586. Sedecías y los jefes militares huyen pero fueron capturados cerca de Jericó y llevados a la presencia de Nabucodonosor que mandó a ejecutar a los hijos de Sedecías; a éste lo ciega y lo destierra a Babilonia (2Re 25, 1-7). Un mes más tarde tiene lugar el incendio del templo, del palacio real y de las casas; las murallas son derruidas y se produce la segunda y más famosa deportación.

EL PROFETA SOFONÍAS

(צְפַנְיָהוּ)

“Palabra del Señor que recibió Sofonías, hijo de Cusi, de Godolías, de Azarías, de Ezequías, durante el reinado de Josías, hijo de Amón, en Judá”.

Así comienza el librito de Sofonías, remontándose hasta su tatarabuelo. Los comentaristas han intentado explicar esta acumulación de nombres; para unos se trata de demostrar que Sofonías era de ascendencia real, y por eso el título se remonta hasta Ezequías, uno de los reyes judíos más famosos (727-698).

La identificación en realidad no ofrece garantías; es más probable que se deba explicar tan extensa genealogía del modo siguiente:

- El padre del profeta se llamaba Cusi, lo que a los oídos de los judíos debía sonar como “el nubio” (el cusita).
- Para librar al profeta de toda sospecha de ascendencia extranjera, el editor del libro se remonta muy alto, añadiendo tres nombres de claro contenido yahvista: Godolías, Azarías y Ezequías.

Parece cierto que Sofonías era judío, predicó en Jerusalén y actuó durante el reinado de Josías (639-609) aunque hay autores que lo sitúan en tiempos de Joaquín (609-598), pero los datos del libro encajan perfectamente con la época indicada por el editor.

Situando a Sofonías en el reinado de Josías, se comprende en gran parte el contenido de su predicación. Judá lleva un siglo sometida a Asiria desde que Acaz pidió ayuda a Tiglatpileser III contra Damasco y Samaria en el año 734. Aunque intentó independizarse en tiempos de Ezequías, no lo consiguió.

Poco a poco, el pueblo fue invadido por costumbres extranjeras y prácticas paganas; el largo reinado de Manasés también contribuyó a difundir una gran corrupción religiosa; según los datos que encontramos en 2Re 21, 3-9, reconstruyó las ermitas de los altozanos, levantó altares a Baal, adoró y dio culto a todo el ejército del cielo, quemó a su hijo, practicó la adivinación y la magia, colocó en el templo la imagen de Astarté. A estos pecados contra el culto, se unieron también los de injusticias.

En este contexto aparece Sofonías, promoviendo un cambio en todos los ámbitos: social, político, religioso; en su predicación ataca el sincretismo religioso (1, 4-5) y amenaza con el castigo a Nínive (3, 13-15). Parece justo situar su actividad en los primeros años de Josías, entre el 639 y el 630 aproximadamente.

Hay otro hecho significativo: cuando se descubre el libro de la ley el año 622, y Josías decide consultar a un profeta a propósito de su contenido (2Re 22), no será Sofonías el consultado, sino la profetisa Julda; esto hace suponer que para el 622 Sofonías ya había muerto.

Su mensaje nace en una situación muy concreta; él no se plantea grandes problemas teológicos sino que sólo intenta resolver los problemas de cada día:

- ✓ Denunció, como los grandes profetas del siglo VIII, las diversas trasgresiones contra Dios y el prójimo.
- ✓ Atacó la idolatría cultural, las injusticias, el materialismo, la despreocupación religiosa, los abusos de las autoridades, las ofensas cometidas por los extranjeros contra el pueblo de Dios.
- ✓ Dijo que tal situación era insostenible, que provocaría inevitablemente el castigo, simbolizado en el juicio del “*Día del Señor*”.
- ✓ Pero no se complace en condenar; considera la destrucción como paso a la salvación. De la rebelde y manchada (Jerusalén) saldrá un resto que se acogerá en el Señor (3, 13).

Por eso, a pesar de sus terribles denuncias, la lectura de Sofonías se convierte en un estímulo para la acción, en agente de cambio.

Estructura y redacción

Los 53 versículos de la profecía de Sofonías se pueden leer teniendo presentes algunas grandes unidades estilísticas y temáticas.

✚ **El primer bloque literario** hay que aislarlo en 1,2-2,3.

Se trata de una áspera colección de oráculos de juicio, marcados por referencia al “Día de Yahvé”, la famosa categoría de teología elaborada por Amós (1,7.8.9.10.12.14.15.16.18; 2,3).

✚ **Una segunda unidad**, más complicada, está presente en 2,4-3,8.

En esta unidad se recuerda el tradicional módulo de los oráculos contra las naciones. Desfilan ante el juicio de Dios los filisteos, Moab, Amón, Etiopía y Asur con su gran capital Nínive, cuya inminente caída intuye el profeta.

El último puesto en esta lista corresponde a Jerusalén, “ciudad rebelde, opresora y contaminada” (3, 1), a la cual no le ha servido de nada la lección de la suerte de las naciones paganas (3, 6-8); más aún, “ se ha apresurado a corromper aún más todas sus acciones” (3, 7).

Pero de improviso se presenta un cambio:

✚ **La tercera unidad** (3, 9-20) ilumina un nuevo horizonte.

Aparece el concepto del “Resto” fiel a Dios y las mismas naciones justas (3, 9-10) verán iniciarse una era de gozo y paz. Yahvé volverá a ser el habitante de Sión, y alrededor de él y de la ciudad santa se construirá un movimiento de atracción. Todos los dispersos de Israel confluirán allí para encontrar su patria y su futuro de esperanza.

Obviamente, esta estructura tripartita revela huella redaccionales que van de simples retoques o encadenamientos de textos, como en el caso de las fórmulas introductorias y de recuerdo (1,1; 1,8ss.10a) hasta inserciones más amplias que actualizan la Obra de Sofonías durante la época exílica y post exílica. Tal es el caso de la promesa de conversión de las “ISLAS” en 2, 11, que es un eco del Segundo Isaías (Is 41, 1.5; 42, 4.10.12; 51,5), sobre todo del conocido oráculo sálmico de 3, 14-20: “Alégrate hija de Sión...” que parece reflejar estilo y espíritu de Isaías.

El profeta Habacuc

(חֲבַקּוּק)

Habacuc es uno de los profetas de los que menos noticias se tiene; el título del libro no indica su lugar de nacimiento ni el nombre de su padre, como tampoco del período en que vivió. Es curioso este desarraigo del lugar de origen, la familia y la época.

Habacuc aparece a lo largo de sus pocas páginas como un profeta profundamente insertado en la problemática de su tiempo. Pero es también un símbolo, porque este hombre, superando su momento histórico, se sumerge en la problemática de la historia en cuanto tal y de la acción de Dios en ella.

Por otra parte, Habacuc es hijo de su tiempo. Han pasado los años en que el profeta se limitaba a escuchar la Palabra de Dios y transmitirla; igual que su contemporáneo Jeremías, toma la iniciativa, pregunta a Dios, exige una respuesta y espera.

La profecía se convierte en diálogo ente el profeta y Dios, del que saldrá la enseñanza para los contemporáneos y para las generaciones futuras. Así, como fruto quizá de mucho tiempo de reflexión y de oración, surgió su obra, breve sin duda, pero una de las más profundas del Antiguo Testamento.

EL ESCRITO

Por la armoniosa belleza de algunos pasajes, por la nobleza y originalidad de las imágenes y por la sinceridad del acento, este librito es uno de los más atractivos de la Biblia.

El autor ha conseguido expresar la angustia trágica de una nación injustamente oprimida por tiranos orgullosos, que sabe encontrar la paz en la certeza de que, al final, el bien se impondrá sobre el mal, y sabe ver, gracias a la justicia divina, la **victoria del justo oprimido** por el impío.

Pero esta breve profecía (tres capítulos) constituye además uno de los textos más enigmáticos desde el punto de vista cronológico, plasmado en la disparidad de sentencias que responden a distintas épocas.

EL MENSAJE

Es una colección de lamentaciones, de oráculos, de amenazas, más una bellísima plegaria; todo ello compuesto probablemente en una atmósfera litúrgica, es decir, relacionada con el templo y con las asambleas populares, de manera que los tres capítulos representan otros tantos coloquios del profeta con su Dios.

Al principio el profeta se lamenta de que el justo sea oprimido y que la ley se vea desautorizada (1, 1-4). Yahvé responde que suscitará a los caldeos para castigar al enemigo, y el profeta da una admirable descripción de su fuerza en 1, 5-11.

Luego el autor se queja ante Dios por el comportamiento de los tiranos esperando de Él una respuesta (1, 12-2,1). Yahvé responde que el hombre que no tenga un ánimo recto, perecerá, mientras que el justo vivirá por su fe (2, 2-5).

En una serie de cinco “Ayes”, el profeta asegura que las naciones antes oprimidas por el tirano pueden levantar la cabeza, seguras de que éste se verá pronto aplastado y destruido (2, 6-20).

La oración de 3, 1-19 es un salmo que celebra la epifanía de Yahvé, el cual se dispone a aplastar al enemigo, y termina con la confesión de la serena esperanza del poeta – profeta en la intervención divina.

Más de cuanto nos es dado en otros profetas, aquí es posible constatar el proceso interior de la experiencia profética (cf. Is 21, 1-10); es decir, la manera con Habacuc se preparaba a recibir la visión (2, 1-2) y la lucha física e interior que de allí se deriva (3, 16). Si Habacuc fue verdaderamente un

profeta al servicio del culto, se comprenderían mejor ciertas características suyas, y también el hecho de que ya en el título se le designe como “profeta”, cosa que fuera de aquí ocurre solamente en los libros de Ageo y de Zacarías; y luego, a diferencia de otros profetas, Habacuc no hacer reproches contra el pueblo, sino contra los demás. En esto se asemeja a Nahúm.

Aspectos propios

Algunas observaciones sobre este escrito:

- En 2, 1 el profeta afirma que quiere velar con el oído bien atento a la respuesta divina, como un soldado de guardia que vela desde la torre de la ciudad; revelando así, su carácter de intermediario entre Dios y el pueblo.
- En 2, 4 se lee uno de los textos que más discusiones ha suscitado entre los teólogos, ya que ha sido muy explotado por el Nuevo Testamento a propósito de la doctrina de la justificación por medio de la fe; este texto es retomado en Rm 1, 17; Gál 3, 11; Hb 10, 38.

El **sentido fundamental** en el profeta Habacuc es la fidelidad a la palabra y a la voluntad de Dios, caracteriza al justo y le garantiza aquí abajo la seguridad y la vida; el impío no tiene esta fidelidad y por eso va camino a la ruina.

El texto tiene un sentido general; pero en el contexto se refiere a los caldeos que no tienen fe y por eso habrán de perecer, y a la tribu de Judá que tiene fe, en virtud de esa fe, podrá vivir.

- En las dos últimas líneas de 3,2 el texto hebreo dice: “Haz vivir tu obra en nuestro tiempo, dala a conocer y en la ira acuérdate de la misericordia”; la versión griega sigue una lectura especial que ha dado origen a la representación del pesebre de Belén; en efecto el texto griego dice: “Te manifestarás en medio de dos animales; cuando estén próximos los años, serás conocido; cuando llegue el tiempo, te manifestarás .” Con este texto se relaciona Is 1, 3: “Conoce el buey a su señor, y el asno el pesebre de su amo.”

No se logra comprender cómo se insinuó la tonalidad mesiánica en la versión griega; la versión de la Vulgata no sigue el texto griego, sino el hebreo.

El profeta Jeremías

Aparentemente, el profeta Jeremías es el profeta al que se le conoce mejor; numerosos textos hablan de las vicisitudes por las que atravesó. Además, este profeta no se limitó a transmitir la Palabra de Dios; también nos legó su palabra, sus dudas, inquietudes y temores.

Su personalidad aparece así como una de las más sugestivas del Antiguo Testamento; sin embargo, tampoco quiere decir que se pueda reconstruir paso a paso su vida. Si ordenamos cronológicamente los textos con sus fechas nos damos cuenta de numerosas lagunas:

FECHA	EVENTO	TEXTO
627/626	vocación	(1, 4-10)
627/609	predicación en Israel	(3, 6-13)
609	Oráculo sobre Joacaz	(22, 10-12)
609/608	Discurso del templo	7, 1-15; c.26
605	Oráculo contra Egipto	46, 2-12
	Discurso sobre la conversión	25, 1-11
	Redacción y lectura del volumen	c.36
	Palabras a Baruc	c.45
598	Palabras a Jeconías	22, 24-30
	Los dos cestos de higos	c. 24
	Carta a los desterrados	c. 29
	Oráculo contra Elam	49, 34-39
594/593	Contra la rebelión	cc. 27 – 28
	Maldición de Babilonia	51, 59 – 64
587/586	Durante el asedio	21,1-10; 34; 37-39
	Preso en el atrio de la guardia	32-33; 39, 15-18
586	Después de la caída de Jerusalén	c. 39 – 40

Se poseen numerosos datos sobre la vida de Jeremías pero algunos momentos parecen tener un especial relieve:

- ✓ El 605 fue la victoria babilonia en Karkemis.
- ✓ 598/597 la primera deportación.
- ✓ 594/593 fue el intento de rebelión contra Babilonia y el año y medio de asedio.

VIDA Y ACTIVIDAD DEL PROFETA

Jeremías nació hacia el año 650 en Anatot, pueblecito a unos seis kilómetros de Jerusalén, perteneciente a la tribu de Benjamín. Este dato es interesante porque Benjamín, unida políticamente a Judá, mantuvo una gran vinculación con las tribus del norte y por este motivo se entiende en por qué Jeremías da gran importancia a las tradiciones religiosas de esa zona:

- Habla de Raquel y de Efraím en 31, 15-18.
- Del Santuario de Silo en 7, 14 y 26, 6.
- Concede mucha importancia al Éxodo, la marcha por el desierto y la entrada a la tierra prometida: 2, 1-7; 7, 22.25.

- Por el contrario, a las tradiciones propias de Judá no les concede mucha importancia.

En el título del libro (1,1) indica que Jeremías era hijo de Jelcías, “de los sacerdotes residentes en Anatot”; es posible que su ascendencia se remonte hasta el sacerdote Abiatar, el sacerdote desterrado por Salomón a Anatot (1Re 2, 26).

Por otra parte, Jeremías nunca actuó como sacerdote; algunos comentaristas han querido basar este origen sacerdotal de Jeremías una posible formación rígida y estricta, especialmente en la lucha contra la idolatría.

Lo cierto es que todavía joven, recibió la vocación profética (1, 4-10); no se siente atraído por ella, al contrario, al igual que Moisés, Jeremías siente miedo y se considera incapaz e impreparado. Pero Dios no admite excusas y encomienda a su mensajero la tarea más difícil: transmitir su palabra en unos años cruciales y trágicos de la historia de Judá.

La introducción del libro afirma de manera indiscutible que su actividad comenzó el año XIII del reinado de Josías (1,2; 25,3), y en otras dos ocasiones se repite que Dios le comunicó su palabra en tiempos del rey Josías: 3, 6; 36, 2. De acuerdo con esto, es frecuente fechar su vocación el año 627/626, lo que supone unos dieciocho años de actividad durante el reinado de Josías, que murió en 609.

La vida del profeta Jeremías se puede dividir en cuatro grandes períodos: los tres primeros coinciden con los reinados de Josías, Joaquín y Sedecías; el cuarto período corresponde a los años posteriores a la caída de Jerusalén.

1.- ETAPA I: Durante el reinado de Josías (627 – 609)

Hay diversidad de hipótesis de parte de los comentaristas para esta etapa de la vida del profeta:

- Algunos sostienen que Jeremías permanece en Anatot después de la vocación.
- Otros sostienen que marchó inmediatamente a Jerusalén para cumplir su misión.
- Otros creen que se marchó al norte.

Teniendo en cuenta que se trata de un largo período de 18 años, posiblemente una hipótesis complementa la otra.

Al reconstruir la actividad del profeta en esta época, conviene recordar que su vocación ocurre durante la reforma religiosa y política de Josías, comenzada tímidamente en el año 632 y que termina el 622 con el descubrimiento del libro de la ley. Por consiguiente, podemos distinguir una etapa en la que se dan estos momentos:

- a) seguir fomentando la reforma (627-622)
- b) un período de euforia (622 y siguientes)
- c) años finales de enfriamiento.

